

# Las iglesias barrocas de El Salvador



Gauvin Alexander Bailey

Traducción: Mariana Valdez

Corrección: Rocío Alonso

Revisión técnica: Ricardo González

Debido a su larga historia de guerras civiles y más recientemente, a la violencia de las pandillas, el Salvador ha permanecido fuera del radar de los especialistas en arquitectura latinoamericana colonial. Provincia colonial de la Capitanía General de Guatemala –en sí misma una división del Virreinato de Nueva España (México)– el Salvador fue siempre un lugar marginal, y los escarpados volcanes que compartimentan físicamente el país han nutrido las distintas tradiciones arquitectónicas vernáculas. En consecuencia, mientras Nueva España y Guatemala coloniales constituyen hoy dos de los campos más florecientes en el estudio de la arquitectura latinoamericana, los edificios de El Salvador –casi siempre iglesias– han sido dejados casi completamente fuera del cuadro y raramente se las considera si no es para menospreciarlas en tanto productos de constructores poco versados y de pobres materiales.<sup>1</sup> Un claro ejemplo de esta postura es la visión de Gonzalo Yanez Díaz, autor del único libro sobre el tema (1970), quien concluyó que eran “un débil reflejo de la arquitectura colonial mexicana y guatemalteca” (Yanez 1970: 41).<sup>2</sup> Sin embargo, estos edificios son la prueba de que la pobreza de los materiales no equivale necesariamente a una pobreza de las ideas: el pequeño conjunto de iglesias salvadoreñas revela tratamientos asombrosamente inusuales de las columnas y los planos murarios, osados e innovadores relieves de estuco, y una de las fachadas más fascinantes de la América colonial, un ensayo sin precedentes en *trompe l'oeil*, que evoca a cierta distancia la completa panoplia barroca de columnas, nichos y relieves tallados. Pero sólo es ilusión: una sorprendentemente austera superficie plana de formas invertidas y sombras proyectadas, despojados de capiteles, roleos o volutas (Angulo Iñíguez, 1945: 63-64).

Los pueblos de Chalchuapa, Metapán y San Vicente conservan las tres iglesias coloniales más distinguidas, en realidad constituyen alrededor de un tercio de las iglesias sobrevivientes de este país del tamaño de Gales, en el que veintitrés volcanes y terremotos recurrentes han reducido su patrimonio colonial a escombros. La más antigua es la de Chalchuapa (1681-antes de 1723; Figuras 1-6), en la frontera guatemalteca de la provincia del mismo nombre, seguida por Metapán (1736-1743; Figuras 7-8), cerca de la triple frontera entre Guatemala y Honduras, y San Vicente (1762-1769; Figuras 9-14), aproximadamente a cuarenta y cinco minutos al este de la capital. Todas son de adobe revocado, enjalbegadas, con característicos muros gruesos y contrafuertes resistentes a los terremotos y emplean bóvedas livianas de paja y yeso para proteger a las congregaciones de la actividad sísmica.

1. Hay todavía hoy un solo libro acerca de las iglesias coloniales de El Salvador (Yanez Díaz, 1970), con poco texto pero excelentes plantas y cortes del autor. Existe además un breve artículo de Guerra Trigueros (1938: 271-279). Actualmente, Aníbal Chajón está trabajando en un estudio de los retablos de madera de la región, los cuales relaciona con los de Guatemala (Chajón, 2015). Estoy muy agradecido al personal de la biblioteca del Museo Nacional, Dr. David J. Guzmán en San Salvador por permitirme el acceso al libro de Yanez, tan difícil de encontrar y a Aníbal Chajón por su ayuda.

2. Yanez fue el primero en atribuir la sencillez de las iglesias del Salvador a la pobreza de los materiales (30). Más recientemente, Sidney Markman también señaló: “En general, el tipo de materiales de construcción (tierra asentada, adobe, madera, paja, baldosas de terracota o ladrillos) explica el modesto y ordinario carácter arquitectural de muchas iglesias incluso en las grandes ciudades” (Markman, 1995: 37).

Las iglesias de Chalchuapa y Metapán tienen una sola nave, mientras que la de San Vicente tiene forma de basílica, con nave central y naves laterales. Las tres tienen cúpulas prominentes sobre el ábside o el área que lo precede y en el caso de San Vicente bóvedas más pequeñas se disponen a lo largo de las naves laterales. Estas pequeñas bóvedas y sus linternas adicionales posadas directamente encima de la bóveda de la nave, iluminan los interiores, que de otra manera parecerían cuevas, con sus gruesos muros y minúsculas ventanas.

Hay muy poca decoración en relieve, por lo menos en las fachadas, de manera que la grilla de columnas y entablamentos adquiere una prominencia de que no gozan las iglesias más intensamente decoradas que proliferaron en otros sitios del Virreinato. La grilla también compartimenta netamente la fachada, enmarcando la puerta, las ventanas y los nichos para las estatuas, brindando así una sensación de claridad estructural. Donde aparece trabajo de relieve, éste es muy básico y parece pegado encima, desconectado del marco de encuadre. En San Vicente está literalmente pegado: pequeñas tejuelas prefabricadas en yeso moldeado (atauriques) en forma de hojas, desperdigados sobre la superficie de algunos de los paneles del muro (Figura 11). A diferencia de las iglesias metropolitanas en Antigua, Guatemala o México - o incluso ciudades como Gracias en la vecina Honduras- aquí se evitan los tipos de columnas complejas como las espiraladas columnas salomónicas o las segmentadas columnas estípites de fabulosa elaboración, empleadas por primera vez por Jerónimo de Balbás en el retablo principal de la catedral de México (1718-39).<sup>3</sup> Las únicas iglesias con fachadas similares están en rincones de la vecina Guatemala, principalmente en el departamento de Chiquimula, hacia el norte de Metapán, aunque incluso estas tienden a ser más abultadas y decorativas (algunas también incluyen estípites) (Chajón, 2015: 17). Varios investigadores han elaborado diversas teorías para explicar la apariencia plana, casi renacentista de estas iglesias, algunas realmente peculiares: Yanez apunta a la falta de misioneros agustinos –el clero secular, franciscanos, dominicos y mercedarios fueron los principales evangelizadores en esta región– aduciendo que las iglesias agustinas novohispanas eran conocidas por su suntuosidad (Yanez, 1970: 14, 29, 31, 41).<sup>4</sup> Las fundaciones franciscanas y dominicanas eran, sin embargo, apenas menos ostentosas.

Igualmente considera la escasez de altas culturas prehispánicas y de tradiciones de talla en piedra del tipo de las que existían en el precedente estado Azteca. Curiosamente, culpa a los arquitectos de las iglesias del Salvador por la falta de “fervor religioso” o el “*pathos* necesario para la creación artística”.<sup>5</sup>

Alejandro Dagoberto Marroquín sugiere prudentemente que la falta de educación formal de los constructores de la región hizo que emplearan tradiciones vernáculas (Marroquín, 1959: 80). Por otra parte, Alberto Guerra Trigueros apela al argumento racial, asignando las peculiaridades de las iglesias de el Salvador a la “mano simple y tosca del albañil o carpintero [quien] siguió el llamado de su salvaje naturaleza indígena” (Guerra Trigueros, 1938: 273).

La iglesia de Santiago Apóstol en Chalchuapa (Figuras 1-6) fue fundada probablemente a mitad del siglo XVI como una de las reducciones, o pueblos misioneros, de las tribus pipil y poqomam hablantes, y su primera visita episcopal conocida fue en 1586 (Chajón, 2015: 6-9; Yanez, 1970: 17; Markman, 1995: 40; Casín Pozo, 1981: 53-54; Luján, 1972: 133; Malo, 2000: 262-65).<sup>6</sup>

Hacia la segunda década del siglo XVIII el pueblo era muy próspero y la iglesia se benefició directamente del patronazgo de las ricas confraternidades. Esta acción benefactora dio lugar a una de las colecciones más distinguidas de profusos retablos de madera del país, de los cuales Aníbal Chajón ha logrado rastrear sus donantes específicos (Chajón, 2015: 7).<sup>7</sup> Los estudiosos están en desacuerdo acerca de la datación del ábside y la cúpula

3. Para una discusión sobre la columna estípite, ver Bailey (2005: 237-238, 273-275). Por contraste, las columnas *estípites* eran considerablemente menos comunes en Sudamérica.

4. Para un trabajo reciente sobre la evangelización en el Salvador, ver Delgado Acevedo (2013: 59-77).

5. Los lugares comunes sobre la falta de fervor religioso de la gente del Salvador derivan de un comentario en una carta del Arzobispo de Guatemala, Cortés y Larraz (1770) y de la relativa escasez de órdenes religiosas en lo que hoy es el Salvador (ver Markman, 1995: 37).

6. Le agradezco a Aníbal Chajón por guiarme hacia estas dos últimas fuentes.

7. Para una discusión sobre la entrega de las órdenes misioneras al clero secular en la década de 1770s, ver Yanez (1970: 17).



Figura 1. Fachada de la iglesia de Santiago Apóstol, Chalchuapa. 1681-antes de 1723

la, aunque hay evidencia suficiente para fechar la iglesia en su conjunto entre 1681 –el año del proyecto de reconstrucción que Chajón descubrió en los archivos episcopales– y 1743, cuando Manuel de Gálvez Corral, el alcalde de San Salvador, se refirió a ella como “una excelente iglesia por su estructura y ornamentación delicada” (Luján, 2000: 252-256). Esta datación está también corroborada por uno de los retablos del interior de la iglesia, dedicado a San Nicolás de Bari, que lleva la fecha de 1723 –el año más probable para la conclusión de todo el templo– (Chajón, 2015: 8; Markman, 1995: 40).<sup>8</sup> Mientras Chajón está acertadamente inclinado a datar los relieves escultóricos de la iglesia entre 1681-1723, Luis Luján sostiene que fueron ejecutados a fines del siglo XVIII. La encantadora estatua de tamaño natural de Santiago Matamoros encima de la cúpula no está relacionada con los estucos y una inscripción indica que fue tallada en 1808.

A primera vista, la iglesia en Chalchuapa parece una vuelta al Renacimiento; una estructura simple enjalbegada con una fachada clasicista formada por una grilla de columnas sobre pilares proyectados y entablamentos. Las columnas tienen perfiles rectos y capiteles jónicos y dóricos (aunque con inverso orden vitruviano), los entablamentos son planos y la modesta decoración de los muros por encima del par de nichos inferiores deriva de motivos de lacería renacentistas transmitidos a través de grabados. Sin embargo, la fachada ofrece suficientes características barrocas para indicar que no es una iglesia del siglo XVI. Los paneles del muro parecen deslizarse hacia atrás y hacia delante como puertas corredizas, especialmente en el tercer nivel. Aquí, los muros en las calles laterales, se encuentran en el mismo plano recedido que las del segundo nivel –de hecho se ven como si hubieran sido empujados hacia arriba, eliminando en el proceso dos secciones del entablamento, hasta un entablamento más pesado en el tercio superior, que marca el lugar donde el muro se proyecta nuevamente hacia afuera (Figura 1)–. Sin contentarse con dar cuatro entablamentos a una fachada de tres niveles, el arquitecto entrelaza este entablamento extra detrás de la proyección de los pilares en cuyo frente se disponen las columnas del nivel superior. Todos estos empujes, tracciones y deslizamientos se fusionan esmeradamente en la calle central, donde el entablamento central une dos pilastras que flanquean y enmarcan la ventana mientras el entablamento “extra” por encima de éste lo acompaña sobre el nicho con la estatua del Salvator Mundi: esta estructura tipo edículo es lo suficientemente estrecha para parecer haberse deslizado hacia arriba, como un montacargas, desde el nicho de la ventana. La profunda recesión en los tres niveles de las

8. Simplemente fecha la iglesia en 1723, presuntamente debido a la fecha de este *retablo*.



Figura 2. Ábside de la iglesia de Santiago Apóstol, Chalchuapa.



Figura 3. Detalle de la figura 2.



Figura 4. Detalle de la figura 2.

calles laterales brindan a la fachada una marcada concavidad que es además muy barroca, incluso si se logra por medios rectilíneos, como ocurre con la cascada de volutas en la cima de la fachada, que puede apreciarse mejor desde atrás (Figura 5). Con un espíritu similar, el extraño par de pilares internos proyectados a nivel de piso usa perfiles interiores festoneados para insinuar la forma de una columna salomónica sin serlo realmente. En cierta manera, esta particular idea es uno de los sellos distintivos de la arquitectura eclesiástica de la región, que se muestra más inventiva en San Vicente.

La parte más interesante de la iglesia en Chalchuapa se encuentra atrás, solamente visible al salir del recinto del templo y rodearlo por la calle trasera. Allí, flanqueando cada esquina, hay dos pares de majestuosos ángeles de estuco, casi de tamaño natural, que llevan estandartes y sostienen flores en sus pechos. (Figuras 2-4). No hay nada como este cuarteto de ángeles en todo el mundo colonial. Están vestidos con faldas amplias en forma de paraguas abiertas en las rodillas para dejar ver altas botas, túnicas con mangas infladas, lazos adelante y prominentes peinados formados por tres hileras





Figura 5. Detalle del coronamiento de la fachada y vista desde la parte de atrás de la iglesia de Santiago Apóstol, Chalchuapa.



Figura 6. Cúpula de la iglesia de Santiago Apóstol, Chalchuapa.

de plumas. Están resaltadas con flores en diversos lugares: en las aperturas sobre las rodillas, donde se pliega el borde de las botas y, más intrigantemente, en sus túnicas, donde la flor parece brotar directamente de la costura. Aunque tales vestimentas eran comunes en la pintura novohispana del momento, estos ángeles tienen más claramente que ver con los festivales callejeros que con cualquier cosa que podría haber sido copiada de una pintura, desde sus cabellos como cascos (seguramente una peluca) hasta las alas pegadas y las elaboradas coronas de plumas (las pinturas de ángeles tenían casi sin variación una sola hilera de plumas, mientras que los intérpretes frecuentemente usaban tres).<sup>9</sup> Estas características aparecen en pinturas de festivales religiosos a lo largo de América Latina, las más conocidas, las series de telas que representan la procesión de Corpus Christi en Cuzco que data de 1675-1680, en la cual personeros

9. Los tocados de plumas eran comunes en las representaciones pictóricas de ángeles a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, pero generalmente con una sola hilera de plumas; ver, por ejemplo, Alarcón Cedillo y García de Toxqui (1994: 57-160), Vargas Lugo (1985: nos.1.1, 1.4, 1.5, 1.7 y 1.14). Tales ángeles también fueron muy populares en Sudamérica: ver especialmente Mujica Pinilla (1996: figs. 12-18), y de Mesa y Campos Vera (1996: nos.1, 14-21 y 24).



Figura 7. Fachada de la iglesia de San Pedro, Metapán, 1736-1743.

de la nobleza Inca usan un tocado con triple capa de plumas y también en las fachadas con escultura en relieve de figuras amerindias en los Andes, ellas mismas probablemente derivadas de espectáculos callejeros (Dean, 1999; Bayley, 2010: 277-281, 12-13, fig. 9.6). Son notablemente diferentes del prototipo más cercano en un conjunto arquitectónico, una serie de ángeles en relieve en las pechinas de la cúpula de la Catedral de Antigua (1680) que tienen polleras similares, algunas incluso con aberturas por encima de las rodillas, botas altas y mangas amplias, pero sin el cabello a modo de casco ni el peinado de plumas y balancean incensarios y no banderas (Markman, 1966: figs. 47-49; Annis, 1968: 51, fig. 62). Los estucos en Chalchuapa ofrecen una mirada poco común hacia la vida religiosa del momento.

Otros trabajos de estuco aparecen alrededor del friso, sobre el ábside exterior. Incluyen representaciones de máscaras y vegetación, como uvas eucarísticas y lo que parecen bananas, ananás, melones o quizás cocos y mazorcas de maíz, así como en el ricamente tallado interior de la cúpula (Figura 15) con cariátides, uvas, abundantes flores similares a las dalias, gruesas vides frondosas y una águila de Habsburgo, bicéfala, en el centro. A lo largo de América Latina, escultores y pintores incorporaron frutas, vegetales y animales de su propio entorno en la escultura de relieve, con frecuencia en áreas marginales. En algunos casos, como este autor ha argumentado anteriormente, estos motivos poseen significación social, religiosa y política pero en una perspectiva más general hacen la ornamentación eclesiástica más accesible a las congregaciones.

La iglesia de San Pedro, Metapán (Figuras 7-8), fue también beneficiaria de una próspera economía local, ya que estaba situada en una región de minas de plata. Cómo Chalchuapa, hacia el siglo XVIII la población incluía tanto a grupos indígenas como Ladinos (gente hispanizada), aunque en Metapán estos últimos superaban ampliamente en número a los primeros.<sup>10</sup> La iglesia es particularmente impresionante sobre su plataforma elevada con vista a la plaza del pueblo con altos volcanes como telón de fondo. La altura del edificio está enfatizada por la estrechez de la fachada comparada con Chalchuapa: el campanario, por ejemplo, retirado hacia atrás para que no supere su ancho y el

10. Por comparación las poblaciones eran aproximadamente iguales en Chalchuapa; ver Chajón (2015: 7 y 9), Markman (1995: 44), Casín Pozo (1981: 69-71).

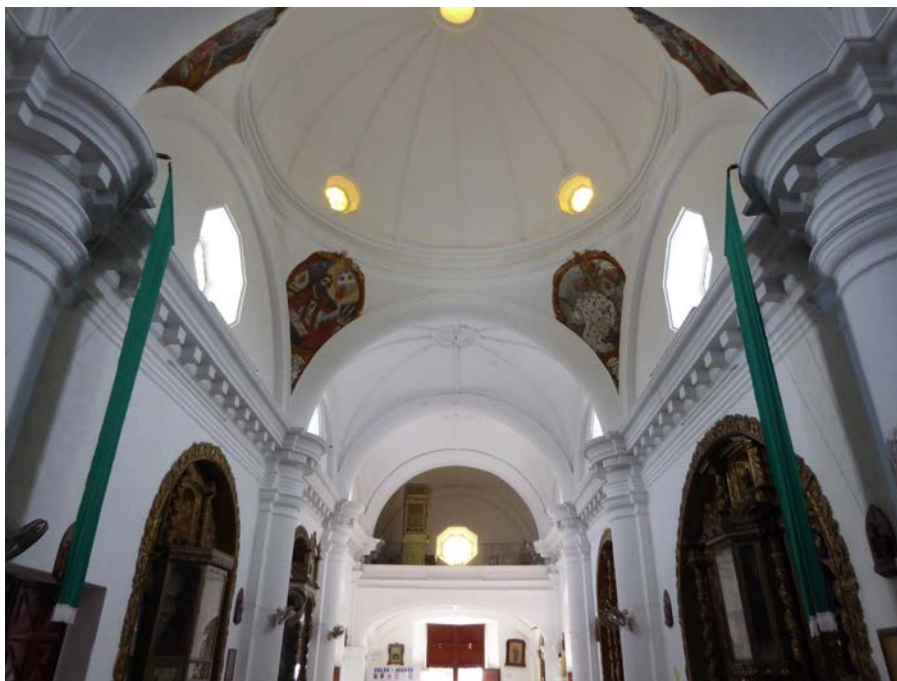


Figura 8. Nave de la iglesia de San Pedro, Metapán, 1736-1743.

elaborado coronamiento de la espadaña, que llama la atención por ser la única parte que tiene relieves y flamígeras volutas que caen dando al remate la apariencia de un templo Thai. Esta tendencia a la *chinoiserie* también fue común en algunos lugares de Brasil durante la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente en Bahía, derivada de grabados decorativos Rococó (Bailey, 2014: 207-209). En Metapán el arquitecto no ha manipulado los paños de los muros, ni ha cortado partes de los entablamentos: de este modo, la grilla de columnas y entablamentos describe un conjunto muy claro, aunque accidentado, enfatizado por la proyección de sombras sobre el enjalbegado. Este efecto es deliberado: los entablamentos, duplicados en la parte de arriba, se separan de la pared más que en Chalchuapa, en todas partes las molduras son más complejas y las columnas más voluminosas y estriadas para atrapar la luz. Las de abajo se apoyan en un nido de hojas, como si brotaran del suelo, tal vez otra referencia –aunque genérica– a la flora local. Más interesantes son los pilares proyectados detrás de las columnas en el primer cuerpo, con sus falsos perfiles salomónicos. Vistos desde la plaza a la luz rasante de la tarde, realmente brindan a las columnas un perfil serpenteante.

El interior de la iglesia juega también con la luz: un entablamento inesperadamente pesado con una prominente banda de denticulos corre sobre el muro, iluminado por ventanas octogonales en los lunetos y por las más pequeñas en la cúpula (Figura 8). Una sorpresa al entrar es el carácter decididamente curvilíneo del interior: los pilares son semicirculares y la sucesión de los arcos (incluso los soportes tienen forma de tubos cortados por la mitad), las bóvedas nervadas y la cúpula no parecen encajar en el exterior con apariencia de caja. La simplicidad de forma de San Pedro llevó a un investigador en la década de 1930 a declararla una iglesia puramente andaluza, como si hubiera sido mágicamente transportada a América central. La elogió por su pureza de sangre arquitectural, específicamente por no estar contaminada por características indígenas: “[la iglesia] es de un estilo de lo más ambicioso, puro y noblemente construido erigido por los españoles del Salvador. No lleva el más mínimo trazo de mezcla o adulteración nativa [...] como todo lo demás en la tranquila y noble ciudad andaluza [...] ella] tiene una atmósfera puramente española, algo como un refinamiento espiritual, nobleza y vigor, que apenas puede encontrarse en los alrededores de América central [...] algo realmente grandioso y noble, sorpresivamente superior a las limitaciones de un pequeño país” (Guerra Trigueros, 1938: 277-278).





Figura 9. Fachada de la iglesia del Pilar, San Vicente, 1762-1769.



Figura 10. Detalle de la figura 9.



Figura 11. Detalle de la figura 9.

Maravillosa como indudablemente es la iglesia de Metapán –aunque este escritor se apresura a hacer notar que no debe su valor a sus “no adulteradas” cualidades– es la iglesia del Pilar en San Vicente la que realmente supera a las demás por sus innovaciones (Figs. 9-14). No ha dejado de tener admiradores, pero ninguno avanzó escribiendo significativamente acerca de ella. En 1938 Guerra reconoció que la iglesia “tiene un profundo sello de inconfundible originalidad”.





Figura 12. Detalle del muro lateral izquierdo y la cúpula de la iglesia del Pilar, San Vicente.



Figura 13. (Izq.) Vista del interior desde el portal lateral derecho de la iglesia del Pilar, San Vicente.

Figura 14. (Der.) Vista del interior desde la nave de la iglesia del Pilar, San Vicente.

En 1945 el investigador español, Diego Angulo Iñíguez se refirió a ella como una “iglesia de gran interés para la arquitectura del siglo XVIII” y su compatriota, Enrique Marco Dorta, quien la consideró el único edificio interesante en el Salvador, hizo notar en 1958 que reflejaba “impulsos hacia la originalidad desconocidos en la vieja capital guatemalteca” (Guerra Trigueros, 1938: 276; Angulo Iñíguez, 1945: 63-64; Marco Dorta, 1958: 211; Casín Pozo, 1981: 107-109). Marco no podía creer que una obra de tal originalidad no perteneciera a un constructor entrenado en el lenguaje clásico de la metrópolis -insistía en que un maestro entrenado en Guatemala era responsable- pero es precisamente la singularidad de este edificio la que contradice dicha hipótesis.

Situada a los pies del volcán Chinchontepic, San Vicente fue fundada en 1635 y en 1725 la ciudad se convirtió en la cabeza de su propia provincia dentro del territorio del actual el Salvador (anteriormente había estado unida con el de San Salvador) (Raimundo y Quintanilla Rauda, 2013: 23; La Orden Miracle, 1985: 88-89; Markman, 1995:

57-58; Casín Pozo, 1981: 104-107). La iglesia tiene una historia peculiar. De acuerdo con la tradición local fue construida como una capilla ex-voto en agradecimiento a una pequeña pintura de Nuestra Señora del Pilar que salvó a un lugareño de ser asesinado en su cama por su celosa esposa. Don José Merino estaba dormido cuando Doña Manuela de Arce levantó un estilete para matarlo pero antes de que pudiera hacerlo la pequeña pintura comenzó a agitarse, despertándolo y sumiéndola simultáneamente en un estado de penitencia y perdón. Don José comenzó la construcción de la primera iglesia en el lugar, la cual fue terminada por su esposa cuando él murió. Poco después, en 1762, Don Francisco de Quintanilla quien había heredado el pequeño cuadro milagroso, comenzó la iglesia actual, la que fue completada dos años después de su muerte –de hecho, al momento de su fallecimiento se encontraba en Antigua buscando esculturas para su nueva iglesia. Don Francisco fue enterrado allí y el Pilar fue honrada por el Papa Clemente XVI, quien concedió indulgencias perpetuas a su altar mayor en 1772.<sup>11</sup>

La fachada es extraordinaria, precisamente por el contraste que presenta cuando es vista a la distancia y desde cerca y porque no se trata simplemente de una cuestión de engañar al ojo sino de yuxtaponer dos enfoques estéticos totalmente diferentes, uno extravagante y el otro austero. Dividida en cinco calles, es más ancha que Chalchuapa o Metapán y carece de espadaña u otros elementos de coronamiento usados en aquellas iglesias (tuvo originalmente pequeñas torres-campanario a los lados). La fachada, de poca altura, está rematada por un frontón triangular truncado carente de cualquier tipo de molduras de encuadre. También está ausente la sensación curvilínea de las otras dos iglesias, ya sea a través de volutas o de cambiantes planos murarios y la única decoración está dada por tejuelas de yeso con forma de hojas pegados en partes del muro y un ligero trabajo de volutas en las enjutas de la puerta. Incluso los arcos de la ventana y de la entrada evitan las formas curvilíneas: uno es octogonal y el otro pentagonal. La única parte de la fachada que se proyecta decisivamente de la pared son los entablamentos, que dan a la iglesia un énfasis decididamente horizontal para equilibrar todas las verticales de las pilastras, estrías y otras acanaladuras.

La parte más ingeniosa del diseño de la fachada es la manera en que el muro se halla excavado entre las pilastras semejando columnas en negativo, como si fuera la mitad de un molde (Figuras 9 y 11-12). La columna sugerida es una variante guatemalteca de la columna salomónica, la cual no es espiralada sino que parece estar formada por una serie de ruedas deslizadas a través de un eje.<sup>12</sup> El claroscuro natural provisto por la luz del día da vida a estas columnas ilusorias. En el cuerpo bajo opera otra dinámica: desde cierta distancia se ven dos columnas curvilíneas flanqueando macizos pilares acanalados proyectados a cada lado de la entrada, pero vistas de cerca las pilastras dominan, de manera que quedan cinco pilastras por lado, dos en cada extremo que realmente se proyectan y tres en el mismo plano que el muro. Las tres pilastras interiores no tienen capiteles ni plintos, de modo que junto con el acanalado del falso pilar parecen una hoja de revestimiento de acero, con el acento en la verticalidad. El cuerpo alto mantiene el mismo juego con cuatro pilastras y tres columnas curvilíneas invertidas, las cuales carecen de capitel y plintos, pero esta línea paralela de motivos alcanza su apogeo en el frontón, una variación abstracta de las columnas espiraladas invertidas de plintos acanalados y de las incorpóreas pilastras con estrías verticales de las esquinas. El modo en que estas líneas verticales ignoran la convención del frontón parece sugerir que su forma triangular hubiera sido arbitrariamente cortada de una hoja de metal. El severo carácter rectilíneo de la fachada contrasta notablemente con las paredes laterales de la iglesia, rematadas con abultadas y ondulantes volutas y cúpulas (Figura 10).

Las líneas rectas también predominan en el interior, específicamente las múltiples molduras horizontales en los pilares del crucero y especialmente el motivo unificador

11. La acción papal no era inusual, particularmente como manera de conferir legitimidad a las iglesias de peregrinación construidas para celebrar imágenes milagrosas. Tal era el caso en Chivay, Perú, hogar de otras pinturas milagrosas de la Virgen. El Papa Benedicto XIII otorgó en 1728 a esta remota iglesia el derecho perpetuo de salvar almas del purgatorio cinco días a la semana (ver Bailey, 2010: 131).

12. Puede verse por ejemplo en la fachada oeste de La Candelaria en Antigua, construida a fines del siglo XVII y principios del XVIII. Markman señala: “Los fustes consisten en un número de formas superpuestas con la forma de pequeñas ollas de boca abierta” (ver Markman, 1966: 165, fig. 122). También aparecen en la iglesia de San Juan Camotán, del siglo XVIII, en el este de Guatemala (ver Chajón, 2015: 16-17).

del sobredimensionado acanalado que hemos visto en las pilastra-pilares de la fachada, que aquí barren las de la nave para conectar con la bóveda (Figuras 13-14). Son particularmente impresionantes en los enormes arcos a prueba de terremotos que llevan hacia las entradas laterales, donde el acanalado de los bajos pilares se eleva sin interrupciones en el intradós hasta conectarse con el pilar opuesto. Esta manera de delinear el interior de un arco puede rastrearse hasta la arquería del patio de la Universidad de San Carlos en Antigua (c. 1763 y posterior), aunque en ese caso los arcos fueron festoneados en el estilo mudéjar (islámico).<sup>13</sup> Sin embargo, a pesar de estas líneas rectas, el interior en San Vicente, como el de Metapán, reintroduce la curva, tanto en la cúpula, como en las nervaduras a lo largo de la amplia bóveda de cañón, en los arcos entre las naves laterales y la central o en los óculos que dejan pasar luz a la nave desde arriba. Es incluso más decorativo que la fachada; en las enjutas de los arcos de la nave se aplicaron tejas con variantes de hojas y hay en otras partes motivos heráldicos y volutas, aunque tienden a desaparecer en el interior de esta iglesia oscura de gruesos muros.

El autor espera que este artículo fomente un mayor interés en estos edificios injustamente dejados de lado, que han sufrido, tanto debido a una situación política y social constantemente inestable, como a los accidentes de la geografía, que los sitúan entre dos áreas académicas. Estudios pioneros sobre la arquitectura guatemalteca como los de Sidney David Markman y Verle Lincoln Annis se detienen en los límites de la ciudad de Antigua, mientras que Damián Bayón y Murillo Marx, autores de la obra más monumental sobre la arquitectura de Sudamérica colonial, comienzan sus investigaciones con Panamá (Bayón y Marx, 1992). Guatemala oriental, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica se jactan de tener muchos tesoros desconocidos de la arquitectura colonial, con sorprendentes variaciones regionales, y merecen la atención de futuros comentaristas.

13. Markman comenta: "Rodeando los cuatro lados del patio hay veintiocho pilares [. . .] Se hallan estriados en la cara interior hacia cada arcada exactamente en la misma manera que la cara interior de los pilares intermedios de las arcadas [. . .] La cara interior de los pilares tienen cuatro profundas estrías..." (Markman, 1966: 202, figs. 192-94). El acanalado aparece igualmente en el interior de los arcos de la capilla de Nuestra Señora del Socorro (comenzada en 1743) de manera similar a las arcadas laterales en San Vicente (ver Annis, 1968: 51, fig. 65b).



## Bibliografía

- » Bayón, D. y Marx, M. (1992). *History of South American Colonial Art and Architecture*. Nueva York.
- » Guerra Trigueros, A. (1938). 'The Colonial Churches of El Salvador', en *Bulletin of the Pan-American Union* 72 (March), pp. 271-279.
- » Chajón, A. (2015). 'Retablos en la provincia de El Salvador, conexiones estilísticas con la ciudad de Guatemala', un trabajo entregado en la Conferencia Internacional de Americanistas n° 55, San Salvador, 17 de julio.
- » Yanez, D. G. (1970). *Iglesias coloniales en El Salvador*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria.
- » Markman, S. D. (1995). *Architecture and Urbanization of Colonial Latin America*. Tempe.
- » Angulo Iñíguez, D. (1945). *Historia del arte hispanoamericano*. Barcelona y Buenos Aires.
- » Hurtado Valdez, P. A. (2011). 'Bóvedas encamionadas: origen, evolución, geometría y construcción entre los siglos XVII y XVIII en el virreinato de Perú', tesis de doctorado sin publicar. Universidad Politécnica de Madrid.
- » Bailey, G. A. (2005). *Art of Colonial Latin America*. London.
- » Delgado Acevedo, J. (2013). *Historia de la iglesia en el Salvador*. San Salvador.
- » Marroquín, A. D. (1959). *Panchimalco: Investigación sociológica*. El Salvador.
- » Casín Pozo, M. (1981). 'Arte religioso en el Salvador, siglos XVI al XVIII', tesis de doctorado sin publicar. Universidad Complutense, Madrid.
- » Luján, L. (1972). *Síntesis de la arquitectura en Guatemala*. Guatemala City.
- » Malo, B. (2000). 'Documentos del Archivo Parroquial de la iglesia de Santiago Apóstol, de Chalchuapa', en Ohi, K. (ed.), *Chalchuapa, memoria final de investigaciones interdisciplinarias de el Salvador*. Kyoto.
- » Luján, L. (2000). 'Importancia artística de la iglesia de Santiago Apóstol de Chalchuapa', en Ohi, K. (ed.), *Chalchuapa, memoria final de investigaciones interdisciplinarias de el Salvador*. Kyoto.
- » Alarcón Cedillo, R. y García de Toxqui, M. del R. (1994). *Pintura novohispana: Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán*, II. Tepotzotlán.
- » Vargas Lugo, E. (1985). *Juan Correa: su vida y obra*, II, 1. México.
- » Mujica Pinilla, R. (1996). *Ángeles apócrifos en la América virreinal*. México.
- » de Mesa, J. y Campos Vera, N. (1996). *El retorno de los ángeles: barroco de las cumbres en Bolivia*. La Paz.
- » Dean, C. (1999). *Inka Bodies and the Body of Christ: Corpus Christi in Colonial Cuzco, Peru*. Durham y London.
- » Bailey, G. A. (2010). *The Andean Hybrid Baroque: Convergent Cultures in the Churches of Colonial Peru*. Notre Dame.
- » Markman, S. D. (1966). *Colonial Architecture of Antigua Guatemala*. Philadelphia.

- » Annis, V. L. (1968). *The Architecture of Antigua Guatemala, 1543–1773*. Ciudad de Guatemala.
- » Bailey, G. A. (2014). *The Spiritual Rococo: Décor and Divinity from the Salons of Paris to the Missions of Patagonia*. Farnham.
- » Marco Dorta, E. (1958). *Arte en América y Filipinas*. Madrid.
- » Lemus Raimundo, S. G. y Quintanilla Rauda, O. M. (2013). 'Estudio de la evolución de la arquitectura religiosa católica, desde el periodo colonial hasta la primera década del siglo XXI, en el área metropolitana de San Salvador', tesis doctoral sin publicar. Universidad del Salvador.
- » La Orden Miracle, E. (1985). *Viajes de arte por América Central*. Madrid.